

LAS INVESTIGACIONES SOBRE EL LIBRO Y LAS BIBLIOTECAS DESDE UN PUNTO DE VISTA HISTÓRICO, SOCIOLÓGICO Y EDUCATIVO

GENARO LUIS GARCÍA LÓPEZ*

EN los últimos años se ha desarrollado un rico debate sobre el futuro del libro y su posible desaparición ante el auge de las nuevas tecnologías y especialmente de Internet. La cultura letrada ha tenido distintos soportes y ha servido a distintos propósitos, como comunicar información, adoctrinar, demostrar riqueza, etcétera¹.

Siguiendo el modelo propuesto por Robert Estivals², el sociólogo del libro Guillermo Márquez Cruz abogaba, en los años ochenta, por un estudio que tuviera en cuenta los siguientes elementos de análisis³:

* Universidad de Salamanca, genaroluis@usal.es

¹ Para un análisis sobre el pasado y el futuro del libro se puede ver, entre otros: «El futuro del libro y el libro del futuro: Una conversación entre Roger Chartier y Antonio Rodríguez de las Heras», *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 1 (2001), pp. 11-40, la obra de Antonio Rodríguez de las Heras y especialmente *Navegar por la información*, Madrid: Fundesco, 1991 y Asdrúbal Valencia G., «El libro y su futuro», *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 21, 1 (enero-junio 1998), pp. 15-47.

² *Le livre dans le monde (1971-1981). Introduction à la bibliologie politique internationale*, París: Retz, 1983 y «Creation, consommation et production intellectuelles», en *Le littéraire et le social. Éléments pour une sociologie de la littérature*, ed. Robert Escarpit, París: UNESCO, 1982, pp. 129-164.

³ Guillermo Márquez Cruz, «Sociología del libro y de la lectura: La comunicación cultural en Andalucía. Primera parte: Metodología», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 4, 10 (enero-marzo 1988), pp. 5-19, p. 9 y ss.

El marco sociopolítico y jurídico

El marco económico

Los mediadores

Los receptores

Dentro del marco sociopolítico y jurídico habría que estudiar la influencia del sistema político e ideológico imperante y su repercusión en el libro, que se concreta en las políticas culturales plasmadas en un determinado desarrollo legislativo. Dichas políticas precisan de un cierto nivel de institucionalización, con la existencia de determinados organismos encargados específicamente de ejecutarlas. Lo que debe acompañarse de la financiación precisa para que las instituciones funcionen de manera eficiente; instituciones que, por otra parte, se encargan de representar y legitimar determinadas ideologías y censurar otras, con mecanismos más o menos coercitivos.

Recuérdese que la revolución liberal de comienzos del siglo XIX acaba con la Inquisición como medio de control ideológico del aparato eclesiástico (a través del Consejo de la Inquisición, uno de los organismos de la Administración Central), pero que en modo alguno eso viene acompañado de una política de fomento de cualquier tipo de lectura. Se crean otros mecanismo de control, no tan rígidos como los existentes en el Antiguo Régimen pero con fines similares y ajustados a una nueva situación socio-política, en la que, no hay que olvidar las diferencias entre las distintas familias liberales y las nuevas corrientes democráticas, republicanas u obreras que comienzan a surgir en aquellos años.

Dentro del marco económico habría que estudiar a los autores y su nivel de profesionalización según los ingresos que reciban en concepto de derechos de autor, la estructura editorial y la imprenta, tanto en sus aspectos comerciales como en su regulación jurídica, la influencia de impresores extranjeros (en el caso decimonónico español con una fuerte implantación del libro editado en Francia)⁴ y, por último, el estudio de la literatura, los contenidos concretos que se escriben, publican y conservan en las bibliotecas.

⁴ En los años centrales del siglo XIX se produce el triunfo de la novela. Ese género tiene una gran difusión en este periodo, pero se trata fundamentalmente de traducciones de obras francesas que aparecen en España prácticamente al mismo tiempo que en Francia. Los autores españoles —con excepciones como Ayguals de Izco y Fernán Caballero— no pueden competir en los años treinta y cuarenta con la moda francesa. Elisa Martí López, «La orfandad de la novela española: Política editorial y creación literaria a mediados del siglo XIX», *Bulletin Hispanique*, 98, 2 (1996), pp. 347-361.

En tercer lugar, en cuanto a los mediadores habría que analizar a los distribuidores y libreros, las nuevas formas de distribución que aparecen —o se consolidan— en el siglo XIX, los fascículos y la venta por entregas, los libros de bolsillo, las colecciones dirigidas a públicos concretos, la venta en kioscos...⁵ y, por otro lado, las bibliotecas y los bibliotecarios⁶, la institucionalización de un sistema bibliotecario y el estatus del bibliotecario y su formación. En el siglo XIX la cultura impresa se difunde entre clases sociales más amplias, se venden libros en estaciones, se editan obras por entregas y la prensa tiene un gran auge con el triunfo de la burguesía.

En cuanto a la edición de libros, hay que tener en cuenta el cambio tecnológico que la revolución industrial acarreó. Los avances técnicos (con algo de retraso en España en comparación con otros países europeos, pero igualmente importantes) supusieron una auténtica transformación, abaratando los costes e incrementando la oferta, aunque las editoriales siguieron siendo durante mucho tiempo pequeñas empresas familiares, que unían la impresión, la edición y el comercio de librería⁷.

En todo caso, durante el siglo XIX continuó existiendo la literatura de cordel que había tenido una amplia difusión en los siglos anteriores y se

⁵ Además, habría que considerar otras formas del impreso que siguen existiendo en el siglo XIX. Jaime Moll y Víctor Infantes ofrecen tipologías de este tipo de obras. El segundo (siguiendo a Moll) propone la siguiente:

- Relaciones de sucesos (prácticamente desaparecen en el siglo XVII con el auge de las *gazetas*).

- Publicaciones con una periodicidad concreta y que no se solían conservar como almanaques, calendarios, pronósticos, carteles...

- Publicaciones relacionadas con una zona geográfica determinada, con una difusión religiosa precisa; con un contexto característico de producción editorial y las impresiones administrativas: mapas, cartas...; bulas, sermones, oraciones, estampas, sinodales...; cédulas, edictos, pragmáticas, informaciones, alegaciones, pregones...

- Pliegos sueltos y narrativa caballerescas breves, que se asimilaría más o menos con la «literatura popular», donde entrarían romances, coplas... Incluyendo también la «literatura del didactismo», como cartillas, silabarios, becerros, catecismos, doctrinas...

Jaime Moll, *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid: Arco/Libros, 1994, pp. 45-55 y Víctor Infantes, «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 281-292, pp. 290-292.

El hispanista francés François Lopez, «Libros y papeles», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 293-307, diferencia entre libros (encuadernados) y papeles (sin encuadernar).

⁶ La figura del bibliotecario en España se va consolidando a lo largo del siglo XVIII y queda definida —como cuerpo profesional y grupo con intereses comunes— a mediados del siglo XIX, cuando se crea el Cuerpo Facultativo. Hemos de destacar los estudios de García Ejarque, Viñao Frago, Ruiz Cabriada, Ortega y Gasset, Peiró y Pasamar y García Morales.

⁷ Jesús Antonio Martínez Martín, «Libros y librerías. El mundo editorial madrileño del siglo XIX», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXVIII (1990), pp. 145-172.

crearon nuevos formatos editoriales que ayudaron a popularizar el impreso entre las clases sociales más pobres, con la intervención de nuevos editores que buscaban negocio en ese tipo de impresiones⁸. Aunque las hermandades de ciegos perdieron el monopolio de la difusión de los romances por los pueblos y ciudades de España, siguieron ejerciendo un papel fundamental en la comunicación, en la difusión de información y en la transmisión de los impresos⁹.

Y por último, los receptores, los lectores de los libros. Cabría aquí el análisis de los niveles de alfabetización y de las motivaciones para leer: el placer, el aprendizaje, la costumbre, el estatus social, la necesidad al integrarse dentro del sistema educativo o como medio de ejercer una profesión...¹⁰

⁸ Por ejemplo el caso de Manuel Minuesa. Véase: Pura Fernández, «Datos en torno a la bibliografía y difusión de la literatura popular en el Madrid del siglo XIX: La imprenta de Manuel Minuesa (1816-1888)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXI (1992), pp. 225-238.

⁹ A pesar de los intentos de las autoridades políticas, y de algunos intelectuales, por acabar con la cultura de los romances de ciegos (juzgados muchas veces como mala literatura, literatura soez o literatura subversiva), siguieron siendo un elemento habitual en la vida de los españoles del siglo XIX, seguramente una forma de las clases iletradas de acceder a la información que otras obtenían mediante otro tipo de lecturas. Para un análisis de este fenómeno véase: Joaquín Álvarez Barrientos, «Literatura y economía en España. El ciego», *Bulletin Hispanique*, LXXXIX, 1-4 (1987), pp. 313-326.

¹⁰ Sobre la historia de la alfabetización existe una amplia bibliografía, pero como compendio y análisis de conjunto de los cambios que se han producido en el análisis del estudio de la alfabetización, las relaciones entre lo oral y lo escrito, los distintos tipos de alfabetizaciones, los modelos históricos, etcétera. Véase: Jacques Soubeyroux, «L'alphabétisation dans l'Espagne moderne: bilan et perspectives de recherche», *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 231-254. Antonio Viñao, «Alfabetización e ilustración, diez años después (de las evidencias directas a las indirectas)», *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 255-269; «Alfabetización y alfabetizaciones», en *Leer y escribir en España: doscientos años de alfabetización*, dir. A. Escolano, Madrid; Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez; Pirámide, 1992, pp. 385-418; «Analfabetismo y alfabetización», en *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, eds. J.-L. Guereña; J. Ruiz Berrio y A. Tiana Ferrer, Madrid: CIDE, 1994, pp. 23-50; «Del analfabetismo a la alfabetización: análisis de una mutación antropológica e historiográfica», *Historia de la Educación*, 3 (enero-diciembre 1984), pp. 151-189 y 4 (enero-diciembre 1985), pp. 209-226 y *Leer y escribir: Historia de dos prácticas culturales*, México: Fundación Educación, voces y vuelos, 1999.

Estudios concretos sobre España: Antonio Viñao, «Liberalismo, alfabetización y primeras letras (siglo XIX)», *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 531-560; «Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII)», en *Leer y escribir en España: doscientos años...*, pp. 45-68. José María Hernández Díaz, «Alfabetización y sociedad en la revolución liberal española», en *Leer y escribir en España: doscientos años...*, pp. 69-89; Jacques Soubeyroux, «La alfabetización en la España del siglo XVIII», *Historia de la Educación: Revista interuniversitaria*, 14-15 (1995-1996), pp. 199-233; «L'alphabétisation à Madrid

En España, las prácticas lectoras, los catálogos y los estudios de bibliotecas privadas han sido menos estudiadas en el siglo XIX que en los siglos precedentes¹¹. Las lecturas tradicionales continuaron teniendo un gran peso y en España —más que en otros países europeos del norte— siguió teniendo una gran difusión la literatura de transmisión oral, es decir, la «literatura de cordel». El gusto burgués se fue abriendo paso mediante las revistas ilustradas, las colecciones, los folletines, la traducción de obras francesas y la propagación de la novela.

Dentro de este último apartado habría que considerar las bibliotecas privadas. Desde hace bastantes años tiene lugar en España el estudio de las bibliotecas de determinadas personas o de grupos profesionales, a través de los inventarios, generalmente extraídos de los archivos notariales donde se conservan los testamentos. Estos análisis han considerado distintas variables sociodemográficas (sexo, edad, estado civil; nivel educativo; categoría socio-profesional; hábitat...) para analizar la distribución temática de la biblioteca, la importancia económica de la misma dentro de los bienes de una familia, los hábitos de compra, las prácticas de lectura...

aux XVIIIe et XIXe siècles», *Bulletin Hispanique*, LXXXIX, 1-4 (1987), pp. 227-265 y Jean-François Botrel, «L'aptitude à communiquer: alphabétisation et scolarisation en Espagne de 1860 à 1920», en *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne: XVIIe-XIXe siècles*, París: CNRS, 1987, pp. 105-140.

Sobre las prácticas de lectura, se pueden consultar varias obras, fundamentalmente de autores ingleses y franceses, como: *Pratiques de la lecture*, ed. Roger Chartier, Marsella: Rivages, 1985 y Anne-Marie Christin, *Espaces de la lecture: actes du colloque de la Bibliothèque publique d'information et du Centre d'étude de l'écriture*, París: Retz, 1988.

Para un análisis de los estudios sobre historia de la lectura, el quién, el qué, el cuándo, el cómo y el porqué de la lectura véase: Robert Darnton, «Historia de la lectura», en *Formas de hacer historia*, ed. Peter Burke, Madrid: Alianza, 1994, pp. 177-208; Roger Chartier, *Histories de la lecture. Un bilan des recherches*, París: IMEC, 1995; *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirs. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid: Taurus, 1997 y especialmente el artículo de Reinhard Wittmann incluido en esta última obra, «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?», pp. 437-517.

Para el caso español, véanse: Jean-François Botrel, «Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 516 (junio 1993), pp. 69-91; «Los nuevos lectores en la España del siglo XIX», *Siglo diecinueve*, 2 (1996), pp. 47-64; «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer», *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 577-590.

¹¹ Para un análisis sobre el estado de la cuestión véanse los siguientes estudios: Jean-François Botrel, «Les recherches sur le livre et la lecture en Espagne (XVIIIe-XXe siècles)», *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine* (supplément à la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*), 41, 3-4 (1994), pp. 49-57 y Leonardo Romero Tobar, «Lectores y lecturas en la primera mitad del siglo XIX: Balance y perspectivas de investigación», *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 561-576.

Según Víctor Infantes, refiriéndose fundamentalmente a la sociedad pre-liberal, las colecciones privadas tenían distintas funciones, pudiéndose hablar de varios tipos de bibliotecas¹²:

La biblioteca práctica, formada por libros para ser leídos, cuya utilidad principal es el conocimiento. No excedería de 10 ó 15 asientos bibliográficos.

La biblioteca profesional, con una función de consulta y vinculada a una profesión concreta. Llegaría hasta los 50 ó 60 asientos.

La biblioteca patrimonial, donde el libro es fundamentalmente un bien suntuario. Se alcanzarían cifras de 300 asientos.

La biblioteca museo, como manifestación de la riqueza de quien poseyese la colección y donde ya se podría hablar de «Bibliotheca» o «Librería». Superaría los 300 asientos.

En el estado de la cuestión que Ricardo García Cárcel¹³ hace para el caso de Cataluña en la Edad Moderna señala las publicaciones de distintos autores como Manuel Peña¹⁴ y las conclusiones que se pueden extraer de ellas. En primer lugar la superación de la dialéctica entre autores antiguos y modernos, entre el casticismo y el europeísmo, un debate surgido al intentar descubrir qué autores existían en las bibliotecas españolas y si se ajustaban a las corrientes humanistas o erasmistas —en el siglo XVI— e ilustradas —en el XVIII— y si, por tanto, era cierto o no el «atraso» español. En segundo lugar la dicotomía entre el libro de lectura ociosa y el libro útil, destinado a las necesidades de los profesionales en el desarrollo de su actividad. En tercer lugar destaca el «fin del estructuralismo lector», es decir, la asignación de un tipo de lecturas a cada grupo social (lecturas burguesas, nobiliarias y populares). Y, en cuarto lugar, la ausencia de un «límite lingüístico-nacional», señalando la utilización victimista de una supuesta implantación del castellano sobre el catalán en la Edad Moderna.

¹² Víctor Infantes, «Las ausencias en los inventarios...», pp. 282-284. El autor hace una referencia genérica para un periodo muy amplio, sin duda las diferencias entre las bibliotecas renacentistas y las ilustradas serían considerables en el número de volúmenes; pero sin introducirnos en esas disquisiciones interesa la diferenciación entre distintos tipos de bibliotecas.

¹³ Ricardo García Cárcel, «La posesión del libro en la Cataluña del Antiguo Régimen», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 135-159, p. 149 y ss.

¹⁴ Véase especialmente sus dos monografías: Manuel Peña Díaz, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*, Lérida: Milenio, 1996 y *El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid; Salamanca: Pirámide; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997.

Independientemente de que se trate de un estudio sobre el caso concreto catalán, lo más importante es que los aspectos señalados por García Cárcel son los que marcan algunas de las tendencias por las que se ha adentrado el estudio de las bibliotecas particulares en los últimos años. La bibliografía es amplia y no queremos dejar de hacer una breve mención a la misma.

Aunque existiendo antecedentes españoles destacables¹⁵, el principal impulso viene de la escuela francesa, que puso el acento en los estudios de la documentación notarial. Y no es casualidad que contemos con investigaciones y recopilaciones de destacados hispanistas galos que han impulsado desde hace varias décadas estas investigaciones. En ese sentido hay que destacar los coloquios celebrados en la *Casa de Velázquez* de Madrid, publicados en una de las revistas más importantes del hispanismo francés, el *Bulletin Hispanique*, que cuenta con más de 100 años de existencia¹⁶.

Para el siglo XIX contamos con los trabajos del profesor de la Universidad Complutense Jesús A. Martínez Martín y algunos estudios de bibliotecas particulares concretas¹⁷. A pesar de tratarse de estudios distintos a los de las políticas bibliotecarias o a las bibliotecas institucionales,

¹⁵ Véase: Fernando Huarte Mortón, «Las bibliotecas particulares españolas en la Edad Moderna», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI, 2 (1955), pp. 555-576.

¹⁶ En 1997 se publicaron los textos de un coloquio en el monográfico titulado «Les Livres des Espagnols à l'Époque Moderne». Lo más destacable es que se trataba de estudios que daban cuenta del estado de las investigaciones en distintas zonas geográficas españolas. Véanse los estudios de Baudilio Barreiro Mallón sobre la cornisa cantábrica, de Galicia hasta Navarra; de Manuel José Pedraza sobre Aragón; de León Álvarez Santaló sobre Sevilla; de Ricardo García Cárcel sobre Cataluña; de Genaro Lamarca sobre Valencia; de Antonio Viñao sobre Murcia; así como otros estudios regionales y de tipo general como los de Jaime Moll, Víctor Infantes, Maxime Chevalier o François López.

El monográfico de 1998 apareció con el título de «Lisants et Lecteurs en Espagne, XVe-XIXe siècle» y es destacable por varias cuestiones. En primer lugar porque se centraba en aspectos menos relacionados con las bibliotecas privadas y más con la alfabetización (véanse los artículos de Soubeyroux y Viñao) y las prácticas y los tipos de lecturas (Botrel, Lopez, Buigues). Y, en segundo lugar, porque tenían cabida estudios sobre el siglo XIX como los de Botrel o Romero Tobar.

¹⁷ Por ejemplo: Manuel de Abol-Brason y Álvarez-Tamargo, «La biblioteca del conde de Toreno: de la ilustración al liberalismo. Aspectos históricos y jurídicos», en *Ier Congreso de Bibliografía Asturiana*, Oviedo: Principado de Asturias; Servicio de Publicaciones, 1992, pp. 590-687; T. Rodríguez Rodríguez y Amparo Ranch Sales, «La biblioteca romántica de Eduardo Ranch», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, LXVIII (1992), pp. 269-292, o el estudio de la biblioteca del patricio murciano Musso Valiente que hace M.^a Teresa Pérez Picazo, «Oligarquías municipales y liberalismo en Murcia, 1750-1845», *Áreas: Revista de Ciencias Sociales*, 6 (1986), pp. 51-83.

diversos autores han puesto de relieve el nexo de unión entre ambas realidades históricas¹⁸.

Los cuatro grandes grupos de análisis propuestos por Márquez Cruz (sociopolítico y jurídico, económico, mediadores y receptores) están relacionados y se modifican con los cambios que se producen en cada uno de ellos, en un movimiento de readaptación continuo¹⁹. Así, la creación de un sistema educativo nacional incidiría en la potenciación de la biblioteca en los centros educativos; el incremento de los niveles de alfabetización, en una mayor demanda de libros; al tiempo que las novedades técnicas y mejoras de organización de la industria editorial permitirían la existencia de un mercado más rico, variado y barato de libros, publicaciones periódicas o colecciones; las restricciones ideológicas vendrían acompañadas de una limitación en la capacidad de expansión del mundo del libro y la lectura, etcétera.

Mención especial merece la alfabetización. Saber leer es condición básica necesaria para el desarrollo librario y bibliotecario. La disminución del porcentaje de iletrados tiene lugar en España como consecuencia de la progresiva escolarización, un modelo que fue diferente en otros países europeos donde en el Antiguo Régimen se produjo una difusión de las habilidades lectoras por iniciativa de ciertas instituciones, especialmente de la Iglesia protestante en países como Suecia. Desde el siglo XVIII se va abriendo camino la idea de la educación para todos y se van venciendo lentamente los prejuicios opuestos a la completa escolarización²⁰.

¹⁸ Véase: Baudilio Barreiro Mallón, «La lectura y sus problemas en el norte de la península: estado de la cuestión», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 75-97; Cristina Herrero Pascual, *La Biblioteca de los Obispos (Murcia): historia y catálogo*, Murcia: Servicio de Publicaciones; Universidad de Murcia, 1997 y Antonio Viñao Frago, «Murcia», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 243-256.

¹⁹ Aunque la mayor parte de los estudios se centran en alguna(s) cuestión(es) concreta(s), existen otros que intentan abarcar, aunque sea sucintamente, una mayor amplitud de temas. Así, por ejemplo, Jaime Moll, en un pequeño estudio indica que para «analizar la significación del libro para una sociedad» hay que estudiar la alfabetización, la industria editorial, el comercio librero, la posesión del libro, los tipos de lectores y el autor.

Jaime Moll, «Libro y sociedad en la España moderna», *Bulletin Hispanique*, 99, 1 (1997), pp. 7-17, p. 10.

²⁰ Este proceso fue lento, pues entre amplios sectores de los grupos más elevados socialmente se consideraba peligrosa la alfabetización de toda la población, ya que temían la dislocación del orden social y que las clases trabajadoras se opusiesen a realizar la función que aquella sociedad les atribuía en la parte inferior de la pirámide social. En definitiva, se pensaba que para realizar los trabajos mecánicos que tenían atribuidos no eran necesarias las capacidades lectoras y menos aún las escritoras. Además, no hay que olvidar que el dominio de la lectura y la

Sin embargo, el primer tercio del siglo XIX fue un periodo difícil en el cual se produjo un retraso en el avance alfabetizador que había tenido lugar en el siglo anterior. Dicho retraso se había achacado a las desamortizaciones de los años treinta y cincuenta, al eliminar las bases económicas sobre las que se asentaba el sistema de escolarización municipal²¹. Investigaciones más recientes han puesto el acento en los perniciosos efectos de las guerras (especialmente la Guerra de la Independencia) y en las políticas educativas abso-lutistas y conservadoras, y han resaltado el efecto beneficioso de las políticas liberales al crear el sistema nacional de educación y permitir el desarrollo de impresores y libreros²².

En todo caso y, a pesar del impulso escolarizador y alfabetizador de la revolución liberal, las tasas que se consiguieron fueron inferiores a las de otros países del centro y norte de Europa occidental y presentan fuertes desigualdades sexuales, según zonas urbanas o rurales y según regiones. En 1860 existían provincias con tasas de analfabetismo superior al 80% (89,09% en Orense, 88% en Almería, 87,31% en Castellón, 87% en Canarias) y otras con niveles cercanos a la mitad de la población (46,13% en Álava, 54,56% en Madrid, 55,95% en Cantabria, 57,05% en Palencia, 58,35% en Segovia). La zona con las tasas de letrados más altas era Madrid, Castilla y León, Asturias, Navarra, Cantabria y País Vasco, mientras que en el extremo opuesto estarían las islas, toda la cuenca mediterránea, Aragón, Galicia, Extremadura y la Mancha²³.

Sin embargo, los niveles de escolarización y alfabetización no son suficientes para establecer su incidencia en el desarrollo bibliotecario. La enseñanza de la lectura, como ya queda dicho, ha tenido lugar en España fundamentalmente en la escuela (mayoritariamente en la pública), pero a partir de ahí el contacto con el impreso es muy variado y podemos diferenciar entre lectores potenciales —todos los que saben leer— y reales —los que practican la lectura—.

escritura otorgaba a los grupos sociales que lo poseían un elemento de distinción en el conjunto de la masa social, que les permitía ejercer ciertos puestos de dominio político. Para un análisis de todas estas cuestiones véase: Agustín Escolano, «Leer y escribir en España...».

²¹ Véase especialmente: François Lopez, «Lisants et lecteurs en Espagne au XVIII^e siècle. Ébauche d'une problématique», en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime: colloque de la Casa de Velázquez*, París: Éditions ADPF, 1981, pp. 139-148; y Bartolomé Bennassar, «Les résistances mentales», en *Aux origines du retard économique de l'Espagne, XVII^e-XIX^e siècles*, París: CNRS, 1983, pp. 117-131.

²² Antonio Viñao, «Liberalismo, alfabetización y primeras letras...».

²³ José María Hernández Díaz, «Alfabetización y sociedad en la revolución liberal...», pp. 72-73.

Además, el impreso forma parte de la vida cotidiana de la gente aun cuando la lectura no sea individual y de obras «cultas», sino de panfletos, recitación de versos o de oraciones, lecturas públicas o lecturas en ferias y fiestas, etcétera²⁴. Aunque este tipo de lecturas fueron remitiendo en favor de la lectura individual, aún cumplían un papel importante en el siglo XIX. Abundando más, no todos los lectores leían de igual manera, existiendo distintas formas de aprehensión de lo escrito, con distintas convenciones de lectura para cada comunidad lectora. En definitiva, usando la terminología de Chartier, se daban distintas prácticas²⁵. Otra cuestión distinta es que los poderes públicos pudiesen —o quisiesen— tomar en consideración esas distintas realidades y promover la lectura pública para el conjunto de la sociedad.

En todo caso, lo cierto es que se van abriendo paso iniciativas, públicas y privadas, de promoción del libro, de acercamiento del libro a la población en general a través de bibliotecas en centros docentes y de bibliotecas de instituciones, con un carácter restrictivo en la primera mitad del siglo, pero con una dimensión más abierta en las distintas iniciativas de lectura pública a partir de 1868, como las bibliotecas populares, públicas o las de los ateneos, sindicatos y otras sociedades²⁶.

Por lo tanto, el libro —entendido en sentido amplio— se convierte, en las sociedades contemporáneas, en un elemento esencial de la comunicación y de la creciente democratización, pues adquiere un nuevo valor. Según la bibliotecaria Pilar Faus Sevilla «el triunfo de la sociedad democrática que es hija del libro escrito por el hombre, en virtud del culto a la razón y a la cultura, en sustitución del libro escrito por Dios y de la autoridad tradicional carismática, hace que el libro sea socialmente imprescindible»²⁷.

Disponemos de un estudio global sobre el libro en el siglo XIX en un marco geográfico concreto, el que publicaron en 1990 Emilio Delgado López-Cózar y José Antonio Cordón García²⁸. En este estudio se concibe el

²⁴ Para profundizar en estas cuestiones se pueden ver los trabajos del hispanista francés Jean-François Botrel.

²⁵ Roger Chartier, *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona: Gedisa, 1994, p. 25.

²⁶ Aunque los estudios no son muy abundantes, contamos con algunos como el dedicado a Asturias: Ángel Mato Díaz, «Bibliotecas populares y lecturas obreras en Asturias (1869-1939)», en *Leer y escribir en España: Doscientos años...*, pp. 335-362.

²⁷ Pilar Faus Sevilla, «Valoración de la profesión de bibliotecario en España. Bosquejo histórico», *Boletín de la ANABAD*, XXXI, 4 (octubre-diciembre 1981), pp. 583-590, p. 584.

²⁸ Emilio Delgado López-Cózar y José Antonio Cordón García, *El libro: creación, producción y*

libro, y el impreso en general, como el medio fundamental de la comunicación social no oral, analizando minuciosamente distintos aspectos de la actividad cultural: los autores, la edición, el marco legal, la imprenta, la producción impresa y el público.

En cuanto a las bibliotecas, los autores citan la universitaria, la del Instituto de Segunda Enseñanza, la del Seminario de San Cecilio, la de la Abadía del Sacromonte y la del Colegio de los Padres Escolapios. Sólo eran públicas las dos primeras, contaban con pocos medios, estaban desatendidas y tenían pocos lectores, 5.007 en el curso 1863-64 y 4.317 en el curso 1892-93. También se desarrollaron iniciativas de lectura colectiva de tipo no público, como los gabinetes de lectura.

Naturalmente el caso de Granada no es más que un ejemplo del universo de la lectura en la España decimonónica. Existían ciudades más dinámicas (con más población, más riqueza, con niveles de alfabetización más altos...) como Madrid, Barcelona o Valencia, pero sin duda eran muchas más las que se encontraban en la situación contraria. Así pues, el ejemplo granadino sirve para ilustrar cómo era el mundo de la comunicación literaria en una de las 15 ciudades más pobladas de España y con una infraestructura educativa y administrativa superior a la media de las capitales de provincia, en tanto que disponía de universidad y de un alto tribunal de justicia.

Los estudios sobre el libro y las bibliotecas en su perspectiva histórica han derivado en los países occidentales (y esa influencia ha llegado también a España) hacia otras formas de análisis, la nueva historia cultural, la historia social de la cultura escrita... que han configurado una perspectiva diferente y complementaria para aproximarse a una realidad compleja y en evolución²⁹.

consumo en la Granada del siglo XIX, Granada: Universidad; Diputación Provincial, 1990. Se trata de un ejemplo magnífico de la consideración sociológica del libro y del análisis de los distintos aspectos que intervienen en su producción y utilización. Aunque actualmente existen propuestas metodológicas que abogan por el análisis de otro tipo de campos (como las prácticas de la lectura), esta obra sigue teniendo plena vigencia al llevar a cabo una visión global y realizar un acercamiento al libro poco habitual entre los estudiosos de la España contemporánea.

²⁹ Para un resumen de las distintas escuelas, corrientes y obras véase: Jesús A. Martínez Martín, «Introducción», en *Historia de la edición en España (1836-1936)*, dir. Jesús A. Martínez Martín, Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 9-23.

RESUMEN

Estado de la cuestión de los estudios sobre el libro y las bibliotecas centrado en España en el siglo XIX. Se analizan las propuestas metodológicas para estudiar la cultura letrada desde una perspectiva global en sus diferentes aspectos sociales, políticos, jurídicos, históricos, económicos y educativos.

ABSTRACT

State of the art of studies on books and libraries in Spain in the nineteenth century. An overall analysis is made of methodological proposals for the study of literary culture in its social, political, legal, historical, economic and educational aspects.